

**Bosquejos de los mensajes
para el entrenamiento de tiempo completo
del semestre de primavera del 2005**

**TEMA GENERAL:
NOÉ, DANIEL Y JOB: MODELOS DE UNA VIDA VENCEDORA
QUE SE LLEVA CONFORME A LA LÍNEA DE LA VIDA
CON MIRAS A CUMPLIR LA ECONOMÍA DE DIOS**

Mensaje once

Daniel

(4)

Vencer en los postreros días a fin de propiciar un cambio de era

Lectura bíblica: Dn. 2:28; 9:24-27; Mt. 24:14-15, 32-33

- I. **Necesitamos un espíritu de sabiduría y de revelación para ver “lo que ha de acontecer en los postreros días” y, así, ser preparados como la novia que es el ejército de Cristo a fin de cambiar la era en pro de la gloria de Dios y Su reino—Dn. 2:28; 9:1-27; Gn. 1:26; 1 Co. 2:9-10; Ef. 1:17; 5:25-27; 6:10-20; Ap. 19:7-9, 13-16.**
- II. **La profecía de las setenta semanas, contenida en Daniel 9:24-27, nos muestra que el día de la venida del Señor está muy cerca; las setenta semanas se dividen en tres secciones, y cada semana tiene una duración de siete años:**
 - A. La primera sección consta de siete semanas (49 años), las cuales se cuentan desde la salida de la orden para restaurar y edificar Jerusalén (Neh. 2:1-8) hasta la conclusión de la obra de reedificación.
 - B. La segunda sección consta de sesenta y dos semanas (434 años), las cuales se cuentan desde que concluye la obra de reedificación hasta que le es quitada la vida (la crucifixión) al Mesías—Dn. 9:26.
 - C. La tercera sección es la última semana de siete años, durante la cual el anticristo hará un pacto firme con el pueblo de Israel (v. 27); en la mitad de esa semana, él quebrantará el pacto, pondrá fin a los sacrificios y la oblación que Israel ofrece a Dios, y perseguirá a todos los que temen a Dios (v. 27; Ap. 12:13-17); éste será el comienzo de la gran tribulación, la cual durará tres años y medio.
 - D. Entre las primeras sesenta y nueve semanas y la última de las setenta semanas hay un período de duración desconocida, el cual corresponde a la era de misterio, la era de la gracia, la era de la iglesia—Ef. 3:3-11; 5:32; Col. 1:27:
 1. Durante esta era Cristo, de manera secreta y misteriosa, edifica la iglesia en la nueva creación a fin de que llegue a ser Su Cuerpo y Su novia—Ef. 5:25-32; cfr. Mt. 24:32-33; 2 Ts. 2:3-4.
 2. Al final de la última de las setenta semanas, Cristo y Sus vencedores, quienes son tanto Su novia como Su ejército, vendrán como la piedra que hiere para desmenuzar la totalidad del gobierno humano y llegarán a ser un gran monte, el reino de Dios, el cual llenará toda la tierra—Dn. 2:34-35; 2 Ts. 2:8; Ap. 19:19-20.
- III. **A fin de ser los vencedores del Señor y propiciar el advenimiento de la próxima era, debemos estar atentos a la palabra profética como a una lámpara que alumbraba en lugar oscuro, hasta que el día amanezca y la estrella de la mañana nazca en nuestros corazones—2 P. 1:19.**

- IV. Cada día que llamamos “hoy” ciertamente nos es dado por la gracia del Señor; por tanto, mientras tengamos el día de hoy, mientras todavía haya aliento en nosotros, debemos amar al Señor y Su manifestación, aguardar Su venida y considerar Su retorno una fuente de consuelo—2 Ti. 4:1, 6-8; Lc. 12:16-20.**
- V. Cuando el Señor regrese, Él vendrá secretamente, como ladrón, a los que le aman, y se los llevará como Sus tesoros a Su presencia en los cielos; por tanto, debemos velar y prepararnos para ser Su novia—Dn. 10:19; Mt. 24:42-44; 25:13; Ap. 19:7; 22:20:**
- A. En Cristo como el verdadero nazareo, debemos consagrarnos de manera absoluta a Dios para conformar un “antitestimonio”, esto es, el testimonio de quienes se levantan contra todo lo que se desvíe del testimonio de Jesús—Nm. 6:1-8; Dn. 1:8; Ap. 2:13.
 - B. Debemos ser reconstituídos con la Palabra santa de Dios, leyendo la Biblia todos los días de nuestra vida—1 Ti. 4:6; Col. 3:16; Dt. 17:18-20:
 - 1. Debemos meditar en la palabra de Dios, disfrutándola como Su aliento; la palabra hebrea traducida “meditar” implica adorar, conversar con uno mismo y hablar en voz alta—Sal. 119:15-16; 2 Ti. 3:16-17.
 - 2. Meditar en la palabra significa gustar y disfrutar de la palabra al reflexionar detenidamente en ella; el hecho de orar, conversar con uno mismo y alabar al Señor, puede también considerarse parte de lo que significa meditar en la palabra.
 - C. Debemos perseverar en la oración a fin de glorificar a Dios, darle gracias, adorarle y servirle; nuestra oración y nuestro ser deben estar absolutamente dedicados a los intereses de Dios—Dn. 6:10; 9:17; 1 R. 8:48; cfr. Ro. 1:21, 25.
 - D. Debemos ser personas que se sacrifican a sí mismas en unión con Cristo, quien es Aquel que se sacrifica por otros; debemos temer una sola cosa: ofender a Dios y perder Su presencia—Fil. 1:22-26; 2 Co. 1:24; Sal. 27:4.
 - E. La madurez no es algo que se logra de la noche a la mañana; por tanto, debemos prepararnos para Su venida, amarle y crecer en Él para que en Su manifestación Él nos encuentre maduros, de modo que seamos arrebatados y recibamos la recompensa—Lc. 21:34-36; cfr. Ap. 3:10; 12:5-6, 14.
 - F. Debemos velar en virtud de la vida divina todos y cada uno de nuestros días a fin de comprar una porción adicional de aceite y ser fieles en el servicio, dando el alimento al pueblo del Señor a su debido tiempo—Mt. 24:32—25:30:
 - 1. Debemos velar, estar alertas, con respecto a nuestra vida de oración, de modo que podamos andar por el Espíritu, sembrar para el Espíritu y ministrar el Espíritu a otros—Ef. 6:17-18; Col. 4:2; Gá. 5:16, 25; Ro. 8:4; Gá. 6:8; 2 Co. 3:6; Ro. 1:9.
 - 2. No debemos ser como aquellos que golpean a sus consiervos, comiendo y bebiendo con los que se emborrachan, o que entierran lo que el Señor nos ha dado; en vez de ello, debemos propagar la verdad del evangelio del reino en toda la tierra habitada—Mt. 24:14-15, 45-51; 25:25; Dn. 11:32.
 - G. Debemos guardar la palabra de la perseverancia del Señor, resistiendo las tácticas debilitadoras de Satanás—Ap. 3:10; Dn. 7:25:
 - 1. Bajo el gobierno celestial de Dios todas las cosas cooperan para nuestro bien, con el propósito de que Cristo tenga la preeminencia—4:26; Ro. 8:28-29.
 - 2. Debemos permanecer bajo la restricción, limitación y autoridad que nos impone la presencia del Señor, mediante la cual Él nos gobierna, a fin de conocerle, ser salvos del orgullo y recibir la impartición de la gracia—Ap. 22:1-2a; Jer. 9:23-25; 1 P. 5:5.